

En un lugar de Canarias, cuyo nombre vagamente recuerdo, hasta nuestro tiempo que vive un joven, bien acomodado, aunque sin grandes lujos. Don Álvaro Pazini, que así se llamaba el joven, tenía casi dos lustros. No era gran madrugador ni tenía mucho tiempo libre, pues el poco que tenía lo empleaba en leer libros de texto para vencer sus particulares molinos.

Estudiaba tanto y dormía tan poco, que llegó a dudar el significado de la palabra "diversión". Hasta que un bonito día de primavera, cuando nadie lo esperaba, se dio a conocer que un golfo de cuatro patas, orejas gachas y triste mirada, vagaba con un gon vacío en el estómago por los alrededores de la escuela. En esta historia no tenemos un valiente caballero de brillante armadura. Solo era un chico corriente en un lugar corriente que se tropezó con un con aparentemente corriente. Al toparse con el con en cuestión, el joven sintió una profunda nostalgia, pues hacía no mucho menos de dos quincenas que había perdido al perro que le había acompañado a lo largo de toda su vida. Ante esto, el chico decidió adoptar al perro en cuestión y darle comida y un techo bajo el que descansar. Después de mucho pensarlo, decidió llamarlo Big, nombre sencillo y significativo de lo que era entonces, pues era robusto y firme. Joven y bestia, vivieron incontables aventuras, las cuales estrecharon



los lazos de sincera amistad que los unían a ambos. El golfo profesaba lentitud y amor incondicional por su amo. Tristemente, tras muchas lunas, el con fue envenenado por unos cobardes villanos y por unos días estuvo tumbado en su cama todo lo largo que era y, después de recibir su última comida, entre los sollozos del niño, murió.

Verdaderamente esta no es la historia de un valiente caballero y su escudero, sino las sencillas vivencias de un mozo cualquiera y su amigo. El joven únicamente le dio un lugar donde descansar y a cambio el golfo, que no tenía nada y sin pretender, se lo dio todo.

Álvaro 96